

GETSEMANI [*]

o

LA MUERTE DE JULIA.

Hombre fuí de dolor desde la cuna:
 Mi pecho, en vez de sangre, anima el llanto.
 O mas bien, el Señor hasta el encanto
 De llorar me ha negado, y una a una
 Mis lágrimas en piedra ha convertido.
 En continua tristeza sumergido,

[*] Colocamos aquí, ántes de que el autor salga de Jerusa-
 len y de las grutas de Getsemaní, que acaba de describir, unos
 versos que compuso catorce meses despues de la pérdida de su
 hija única, versos cuya escena é imágenes se refieren á los si-
 tios que acaba de visitar. Estos versos que el autor ha tenido
 la bondad de permitirnos insertar en esta edicion, nunca se han
 publicado, ni aun se los ha leído él nunca á ninguno de sus
 mas íntimos amigos.

Cualquiera lo comprenderá al leerlos.—*Nota del editor
 francés.*

Mi corazon ya la ama;
 Mi miel es la amargura;
 A toda sepultura
 Un instinto hermanal siempre me llama:
 Toda desolacion a sí me inclina;
 No hay camino que grato a mi alma sea,
 ¡Ay! como en él no vea
 Una fúnebre cruz, una rüina!

Si encuentro una floresta
 Que cubre un puro cielo,
 O una playa repuesta,
 Paso y clamo con hondo descensuelo:
 —Sitio para el placer y la ventura;
 Mas no ¡oh dolor! para mi acerbo duelo!—
 Solo para el gemido
 Tiene un eco mi espíritu doliente;
 Mi corazon herido
 Su patria verdadera
 Halla dó quier que triste se lamente
 Una voz lastimera.
 Mi lecho maspreciado,
 Un suelo inculto fuera,
 Con llanto y con cenizas amasado.

¡Por qué? por qué? me preguntais.—Yo mismo
 Decirlo no pudiera:
 Si de este negro abismo
 Las olas revolviere.

Mi boca con sollozos respondiera:
 ¡Quién mi llagado corazón rasgara,
 Leer en él lograra!
 La muerte en cada fibra le ha herido
 Con su oculto veneno;
 Sus latidos son lentas agonías;
 Como las gemonías,
 De muertos está lleno.
 ¡Presa de la amargura,
 Mi alma es una inmensa sepultura!

Y así, cuando a los márgenes sagrados
 Fuí donde al Salvador morir le plugo,
 Los sitios no busqué santificados,
 Donde, humildes los pobres, su camino
 Alfombran con palmas;
 Donde el Verbo Divino
 Con su voz revelábase a las almas;
 Dó el Hosana sus pasos triunfadores
 Reverente seguía;
 Dó sus manos regadas con el llanto
 De las santas mugeres, los sudores
 De su frente enjugando.
 Y su afán y su ardor desvaneciendo,
 A todo tierno niño
 Con paternal cariño,
 Iban acariciando y bendiciendo.

“¡Llevadme, padre mío,
 “A los sitios llevadme dó se llora!
 “A aquel fúnebre huerto congrado,
 “Dó el Salvador del mundo, abandonado
 “Del Padre y de los hombres, sudar quiso.
 “Aquél sudor de sangre, que precede
 “Al momento postrero!
 “Idos, dejadme solo, porque quiero
 “Ver cuanta angustia puede
 “Padecer en una hora
 “Un alma sin consuelo, cual la mía.
 “¡Este es mi altar, mi culto es la agonía!”

Al pié del solitario
 Monte de los Olivos,
 Hay a la sombra de los altos muros
 De dó cayó Sion desmoronada,
 Un sitio a dó jamás los rayos puros
 Del sol descienden: casi desecada,
 Del Cedron la corriente
 Filtra allí lentamente
 Un agua escasa entre sus dos riberas:
 El Josafat allí, de sus colinas
 Con las mústias laderas,
 Se abre con un sepulcro: en vez de césped
 Hace la tierra germinar ruínas;
 Y las raíces de los viejos troncos,
 Que los siglos desgajan,
 Las blancas piedras de las tumbas rajan.

Abrese allí la garganta tenebrosa
 Adonde el Hombre del dolor, la angustia
 Probó del trance de la muerte, cuando
 Tres veces despertando,
 A sus tibios amigos les decia:
 "¡Velad, velad, velad en mi agonía!"
 Allí trémulo el labio se figura
 Que prueba todavía
 Del cáliz de amargura
 Las gotas en el suelo ensangrentado;
 Y todavía en el sudor helado
 Del fatal sacrificio,
 El enhiesto peñon está empapado.

En las manos la frente,
 Allí en la piedra me senté, pensando
 En lo que aquella víctima inocente
 Pensó en la soledad, y repasando
 En mi agitada mente,
 Todas las amarguras de mi vida.
 Luego, en fin, mis sentidos embotando
 Misterioso beleño,
 Esta ánima afligida
 Quedó en hondo letargo sumergida. . . .
 ¡Oh Dios mio! cuán triste fué mi sueño!
 Yo, no léjos de allí, dejado habia,
 Bajo el ala materna
 Mi hija, mi cuidado, mi tesoro:

Su frente a cada Abril se embellecía
 Bajo sus trenzas de oro;
 Pero su alma tenia
 La edad en que el Señor à sí las llama.
 No podia su imágen desprenderse
 De ojos que alguna vez la contemplaron;
 Y nunca sin volverse,
 Para envidiar mi dicha
 Pasar los otros padres la miraron!

¡Ah! de mi larga tempestad la sola
 Reliquia era esa niña; el solo fruto
 De tantas dulces flores,
 Postrer vestigio ya de mis amores;
 Al partir, una lágrima, y un beso
 En el feliz momento del regreso;
 Una perpetua fiesta en mis hogares,
 Un destello del sol en mi ventana,
 Una ave que anidábase en mi pecho,
 Un aliento a compas junto a mi lecho,
 Una caricia y mil por la mañana!

¡Mas era! De mi madre era la imágen.
 En sus hermosos ojos,
 De aquella la mirada me volvía,
 Y mi tiempo pasado
 Por ella en porvenir me renacía,
 De suerte que mi dicha solo habia
 De semblante cambiado.

Era su dulce acento
 El eco de diez años de ventura;
 En llanto de ternura
 Su mirada mis ojos inundaba;
 Su angélica hermosura
 De encanto el aire en derredor poblaba;
 Su sonrisa mi pecho iluminaba!

En cuantos pensamientos
 En mi rostro leía,
 El suyo se teñía;
 Como un reflejo sus azules ojos
 Eran ¡ay! de los míos:
 Todos mis sentimientos,
 Mis dichas, mis enojos,
 Pintábanse en su frente,
 Como una sombra en cristalina fuente.
 Mas cuanto se exhalaba de su pecho
 Era puro y suave,
 Y nunca de su rostro
 Era severa la espresion y grave,
 Sino cuando, cruzadas en las manos
 De su madre las suyas,
 Con la frente inclinada
 Imploraba al Señor arrodillada.
 Soñaba yo que à aquella sacra orilla
 Me habia acompañado,
 Y que alegre, encantado,

La tenia sentada en mi rodilla;
 Sus bellos piés ceñia con un brazo,
 Con el otro su cuello,
 Reclinada mi sien en su regazo.
 De su suelto cabello,
 Suavísimo tesoro,
 Besaba yo las largas hebras de oro
 Con ternura paterna:
 El marfil de sus dientes relucia
 Entre sos rojos labios que entreabría
 Una sonrisa eterna!
 Para vibrar su corazon al mio
 Y filtrar en mi pecho su alma toda
 Como un puro rocío,
 Ni un punto de mis ojos apartaba
 Sus miradas suaves,
 Y ¡oh Dios! tú solo sabes
 Cuanto amor en el fuego se encerraba;
 Con que mi corazon la cobijaba!
 Indecisos a fuerza de cariño,
 Do posarse mis labios no sabian:
 Provocábalos ella, como un niño,
 Con júbilo inocente,
 Y a un tiempo a mis caricias se ofrecian,
 Su boca, sus mejillas y su frente.
 Y en este corazon que tanto la ama,
 Yo decia al Señor: "¡Señor, Dios mio!

¡Ah! cuántos bienes para ella ansío,
 Bajo sus piés derrama!
 Dale toda mi parte de ventura,
 Y miétras me ilumine la luz pur
 De esos ojos, mi encanto,
 De amor y gratitud perpetuo canto
 Entonará mi labio en tu alabanza.
 ¡Ah! ¡cólmalá, Señor, de bendiciones,
 Haz por ella que en todas acasiones
 Frutos logre lá flor de su esperanza.
 Guárdale un nupcial lecho,
 Y de un esposo enamorado el pecho.”

Y mientras de esta suerte dirigia
 Mis súplicas al cielo, no advertia
 Que aquellos piés helábanse en mi mano,
 Y que su frente sobre mí inclinada
 Cada vez iba siendo mas pesada.
 ¡Julia! Julia! ¿por qué tu rostro muda?
 Por qué esa palidez? por qué tu frente
 Heladas gotas suda?
 ¡Deja esos juegos, ángel inocente!
 Háblame, Julia! tu halagüeño acento
 Vuelve a mi corazon su movimiento!
 Mas el azul matiz de los difuntos,
 Sus labios cadavéricos ceñía,
 Inmóviles y juntos;
 Apénas comenzaba,

En ellos la sonrisa se perdia:
 Su resuello salia
 Nas breve y presuroso, y de cansada
 Ave el ala batiente parecia.
 Junto a su corazon ouesto el oido
 Con indecibl angustia,
 Seguir queria su menor latido,
 Y cuando cayó en fin helada y mustia
 Y huyó su alma en su postrer aliento,
 ¡Ay! en aquel momento,
 Mi corazon murió en el pecho mio,
 Cual malogrado fruto que una madre
 En sus entrañas lleva muerto y frio!

Y ciñendo despues con brazo inerte
 Mas que mi vida, como un hombre que anda
 Herido ya de muerte,
 Me encaminaré al altar, y sobre el mármol
 Tendí el cadáver; sus cerrados ojos
 Selló la boca mia,
 Y tibia todavía
 Aquella frente inanimada estaba,
 Como de una aveçilla que ha vivido
 Solo una aurora, el nido
 Que de dejar acaba!

Y así sentí en una hora, ¡eterna hora!
 Pasar siglos de horror, mar de angustia;

Y de mi corazon ocupó el sitio
 Un inmenso dolor, y á Dios le dije:
 "Ella mi solo bien era, ¡Dios mio!
 Mis últimos amores
 Se habian concentrado
 De ese amor en la llama;
 Para mí reemplazaba, tú lo sabes,
 A cuanto ser amado
 Habíame la muerte arrebatado:
 Era el único fruto que en la rama
 Pendiente subsistia,
 Despues de un negro y borrascoso día!

"De mi rota cadena
 Era el solo eslabon; en mi horizonte
 La sola lontananza azul, serena;
 Para que resonara mas suave
 Su nombre en mi morada,
 Un melodioso nombre le pusimos:
 En ella mi universo se cifraba;
 Era la voz que siempre me encantaba,
 El hechizo, el cuidado de mis ojos,
 Mi perpetua alegría,
 Y mi noche y mi día!

"Era el espejo en donde
 Mi corazon amábase en su imagen:
 Mi feliz juventud fija en su frente,

De mi dicha un destello permanente;
 "En un puro semblante,
 Lleno de perfecciones,
 Compendiados, Señor, todos tus dones
 Dulce carga que amante
 A mi cuello su madre suspendia:
 Estrella que amorosa me miraba,
 Flor nacida en mi seno,
 Voz deliciosa en que mi voz vibraba,
 Vivo cielo sereno,
 Que me inundaba en deliciosa calma;
 Luz de mis ojos, vida de mi alma!

¡Oh implacable justicia! Toma! toma!
 Sacia esa eterna sed de angustia y muerte!
 Mil horribles tormentos padeciendo,
 Yo mismo en tu altar fúnebre la tiendo,
 Si ya este corazon atribulado,
 El cáliz ba apurado,
 Rómpele en fin... ¿Qué mas angustias quieres,
 ¡Ay! que despedazar mi pecho puedan?
 ¡Hija mia! mi vida!
 Ahí te veo tendida,
 Y de tí no me quedan
 Mas que estas trenzas de oro
 Que yo mismo corté sobre tu frente,
 Y que perpetuamente
 Miéntas ecsista, bañara mi lloro."

Un sollozo, arrancado
De lo mas hondo de mi pecho, entonces
Me despertó; la piedra que de asiento
Le servia á mi cuerpo aletargado,
Goteaba un sudor frio, sangriento:
El horror en mis párpados habia

Dos lágrimas helado;
Mi frente cual la nieve sentí fria
De mi mano al contacto! No, su nido
El águila tan rápida se lanza
Como yo à mis hogares, dividido
El pecho entre el temor y la esperanza.
Llego en fin: de sollozos un doliente
Eco, de mi desierto umbral salia:

El amor suspendia
Por mí su hora postrera,
Y que aguardaba solo a que volviera
Yo, para fallecer ¡ay! parecia!

Todo en mi árido hogar ora está muerto:

Siempre en llanto anegados
Dos ojos siempre inconsolables veo.
Voy sin saber adonde; ni un deseo,
Ni una esperanza animan mi existencia,
Los brazos abro en ciego desvarío, Y
Y solamente abrazan el vacío.

Del hado la inclemencia
Me quita hasta el consuelo
De dirigir mis súplicas al cielo.

Mas Dios es quien te hiere, ¡oh alma mia!

No te quejes en vano:

Ten fortaleza, en tu Hacedor confia,

Y besa en tu dolor su santa mano! . . .

4 de Noviembre, 1832.

Hemos pasado la tarde y la noche en el desierto de S. Juan, despidiéndonos de nuestros excelentes religiosos, cuya memoria nos acompañará siempre; el recuerdo de las virtudes humildes y perfectas dura en el alma, como el perfume de los olores de un templo que se ha atravesado; entregamos á aquellos buenos padres una limosna apenas suficiente para indemnizarlos de los gastos que les habiamos ocasionado; contaron por nada el peligro que les habiamos hecho correr, y me suplicaron que los recomendase á la proteccion del terrible Abugosh, a quien debia volver a ver en Jeremías. Salimos antes de amanecer para evitar la importunidad de los beduinos de Belen y del desierto de S. Juan, que no se cansaban de seguirme y empezaban a amenazarme. A las ocho de la mañana ya habiamos pasado las altas montañas que coronan la sepultura de los Macabeos, y estábamos sentados bajo las higueras de Jeremías, fumando una pipa y tomando café con Abugosh, su tío y sus